

ga de hambre. El hombre no ha sabido hacer ficciones cuando está bien alimentado, o cuando no depende de nadie».

Marcos Sol es, sin duda, el personaje más falso y declamatorio de todos los que aparecen en este libro de cuentos prologado por Lorenzo Turrent Rozas.—JUAN URIBE ECHEVERRÍA.



ELEGÍAS, por *Domingo Gómez Rojas*, Ed. Nascimento, Santiago.

Hace algunos años, alguien me dijo a quemarropa, en una conversación—creo que el mismo Acevedo Hernández, cuyo es el prólogo tan acucioso de este libro,—que Domingo Gómez Rojas «era» el primer poeta chileno. Así, rotundamente. Yo, sólo tenía en ese entonces, idea de haber leído por ahí alguna que otra poesía del poeta en cuestión, de las que, debo confesarlo, no guardaba ninguna impresión. O mejor dicho, cuando las leí, no me habían producido ninguna. Miré a mi interlocutor, y callé. sin sonreírme.

Fué eso, algunos años después de la muerte de Domingo Gómez Rojas. Yo no le conocí personalmente: y había quedado con el oído desorientado y escéptico ante el tardío clamor de indignación popular que su muerte produjo. ¡Asesinar a un poeta, en la cárcel pública! ¡Un libertario, redentor de masas, un asambleísta! ¡Un gran poeta!... ¿qué sabe el público, o mejor dicho, el vulgo, de poesía? ¿Y qué tenía que ver la poesía con el caso militante de doctrinarismo político de un poeta? ¿Por qué se enaltecía al poeta para justificar al subversivo? ¿Acaso un subversivo no es también un poeta? Bueno: cosas como estas forman ideas preconcebidas. y, además, la mala suerte mía (o la mala elección de quienes las publicaron) de haberme topado con algunas de las peores poesías de Gómez Rojas, me había hecho formarme de él, por reacción estética, una vaga idea de inferioridad literaria. Deseé, pues, oída la categórica

afirmación de Acevedo Hernández, conocer la obra del malogrado poeta, muerto en la cárcel, reservándome, no obstante, mi escepticismo.

Ahora, después de haber leído la bella recopilación de sus poesías, hecha por Antonio Acevedo (noble homenaje póstumo), voy a retractarme de aquel silencio.

Ante todo, yo no sé si Gómez Rojas sea el mejor poeta lírico chileno. Sobre esto, tendré que callarme nuevamente. Tal vez sí se pueda decir que es el mejor «intento» de primer poeta chileno. Hay que considerar hermenéuticamente, junto con lo que hizo, las circunstancias y condiciones en que lo hizo, y con esto, lo que pudo haber hecho y madurado más tarde, si la muerte no le tronchara tan en agraz e inmisericordemente. No es aventurado suponer que con el ejercicio de los años y el goce de propicias circunstancias, su ya poderosa lírica, que aguijaban incontrollados pensamientos, hubiese alcanzado el vuelo magnífico de los más altos poetas.

Por lo que escribió, se puede afirmar resueltamente que vale, y que vale mucho. Hay en sus poesías, ante todo y antes de todo, una ansia infinita de belleza. Dice:

«yo soy la encarnación de lo infinito»

(Yoísmo; página 32)

Pensamiento inicial a un gran poeta. Es al comienzo del libro, el que, creo, el recopilador lo habrá compuesto por cierto orden cronológico. Después sigue su vuelo durante algunas composiciones, algo inhábil, atribulado y disparejo. Con el lastre siniestro de la idea de la muerte ya a cuestas. En el Parque Dormido, (página 50), afirma un poco su volar en los catorce versos de un soneto. Lástima que el duodécimo, «por falta» acaso del autor, disuene métricamente. Así llegamos a las elegías de La Sonrisa Inmóvil. Aquí se estremece el aletear del pensamiento, se entenebrece más y más, se recoge, y, con des-

encantados bríos visionarios, se dispara y pierde en alturas perdidas:

«Madre: mi hermano duerme, duerme el frío
de las eternidades, y te espera
con la inmóvil sonrisa. . . .»

(Elegías por mi Madre, página 62).

Las alas fallan, y la pobre mirada de audacia aquilina se deslumbra y ciega con la visión de cosas eternas. Cae, y se hunde en la negra idea de la muerte; y vuelve a remontarse, y torna a desfallecer, atraído por los mortales vértigos de la nada:

«Entonces, cuando duerma
en el hondo negror de la tierra profunda,
seré como todos ¡Dios mío!
Un puñado de tierra,
olvidado de todos».

(Humildad, página 79).

La idea de la muerte se repite a cada renglón de aquí en adelante; se retuerce como una mueca, en mil formas. O sonrío, con la sonrisa inmóvil de una calavera. Se diría que la inspiración de Gómez Rojas vive de la idea de la muerte.

Y llegamos, precisamente, a Los Jardines de la Muerte. No hay nada más sádicamente tétrico que una Muerte engalanada. Todo muere en estas elegías: hasta la belleza; hasta Dios; hasta la muerte misma. Hasta el amor:

«Sobre tus labios marchitos
pasará la eternidad
con sus besos infinitos».

(Sobre tus Ojos de Mujer; página 105).

En estos Jardines, como en todo el libro, hay demasiados jardines, demasiadas estrellas, demasiadas fuentes, y divinas bellezas. Y sobre todo, demasiadas muertes. Es demasiado, Pero, dejémosle, al poeta.

Dejémosle decirnos, desde el mártir cubil de su prisión, esta sonrisa de beatífica belleza:

«Yo que tengo lejanos jardines en la luna
y reinos invisibles en estrellas lejanas
y princesas dormidas de embrujada fortuna
y reinos interiores y cosas extrahumanas.

Yo que tengo un silencio de armonía profundo,
gravitando con ritmo de misterio en mí mismo;
yo que siento y que vivo la belleza del mundo;
jamás podrán hundirme en el «pequeño abismo»:

(Fragmento de un poema escrito en la prisión; página 123).

Poema que termina pidiendo piedad para los que le hirieron, y frustraron sus grandes designios. Y continúa en varios cantos, con resignación y domeñado espíritu, ilusionado de futuros. ¡Pobre poeta! Hay aquí un verso levantado y hondo:

«En esta cárcel donde los hombres me trajeron».

(Protestas de Piedad; página 129).

que nos recuerda aquel otro verso de honda concreción dramática, de la Mistral: «Del nicho helado en que los hombres te pusieron» ; pero es ese verso, nada más.

Se le secan de pronto las fuentes de la piedad y de la dulzura, al poeta, y su boca contraída lanza imprecaciones de tre-mebunda belleza. Hay en la siguiente poesía, que vamos a trans-

cribir íntegra, junto con el apocalíptico sentido de la anónima Danza de la Muerte, un indeterminado sabor a Jorge Manriquez y a los tétricos moralistas pretéritos. Un sabor a ceniza:

TRENO

I

Sobre tu pobre esqueleto
y tu vida de fantasma,
Dios plasma sombras y plasma
un misterioso secreto.

Sobre el horrendo pecado
de tu pobre y tu laceria
vivirán en la miseria
los hijos que has engendrado.

II

Sacándote del olvido
en que por siempre has vivido
vengo a decirte al oído:
«Hombre justo, hombre fuerte,
no le temas a la suerte
que te prepara la muerte!»

Sopla vespéral caricia
sobre jardines dolientes
y están llorando las fuentes
de la suprema justicia.

Ha de llegar a tu lado
por divina providencia

para dictar tu sentencia,
el más alto magistrado.

III

Ya su mano se levanta
formulando su dilema:
«Esta justicia suprema
nunca vibró en tu garganta».

O bien, «Si a tu mano plugo
detener la injusta ley,
tú eres mi siervo o mi rey
o mi esclavo o mi verdugo».

Y en esas manos que oprimen
con un crimen otro crimen,
sentirás que un Dios eterno,
desde los siglos nos llame,
y que ese Dios por ti clame:
«Ese juez, para el infierno!»

(Página 132).

No sabemos qué razones y justicias humanas o inhumanas tenían los hombres para juzgar y retener en prisión—torturándole, se dice—a Domingo Gómez Rojas; pero vemos qué poder tuvo él, el poeta, el acusado, para condenarles a ellos. Ese «Treno» tiene el peso de una lápida, para una conciencia. Con el «Miserere», en el que:

«...hasta, quizá, la muerte que nos hiere
también tiene su muerte ¡Miserere!

(Página 139)

muere el valor estético de este libro. Las estrofas que siguen y terminan el volumen, son mediocres en la forma y de vulgares ideas demagógicas; en las que sólo vale cierto dinamismo de expresión.

Bien. Como se ve, este poeta es un verdadero poeta. Un gran poeta, si se quiere. Y pudo haber sido más grande, si no se hubiese malogrado finalmente, «en esa cárcel a donde los hombres lo llevaron», a los 24 años de edad. Que se cargue el saldo perdido a la conciencia de esos hombres: sea como hubiese sido, un poeta es un poeta. Y mucho había que esperar, hay que repetirlo, de Gómez Rojas. A su edad, aun no se ordena la exuberancia de los pensamientos; y los conceptos no maduran aún su fibra, únicas amarras que a mi vez, anclan al poeta a la eternidad. Y no obstante, algunos frutos se doraban ya en las ramas más altas. Por ahí dice: «Abrid, abrid los ojos a este instante que alienta — prolongando los tiempos con su timón profundo». — Su gusto, tampoco estaba maduro todavía, y le menguaban el noble intento de belleza, expresiones como ésta: «Y aquella que es como una nota musicalina. . . .». A veces las ideas se le dislocan, y aparece, detrás de la clara intención del verso, la mueca turbia de la locura.

¿Influencias? ¿Qué influencia tuvo, determinadas o indeterminadas, Gómez Rojas? ¿De dónde le viene esa insistente nota críptica que ensordece el fondo de su lírica? Es aventurado decirlo, por el momento. Quizá de sí mismo. Quizá es el fruto, o el germen, de su intermitente locura. Desde luego, si hubo influencias en él, su espíritu poderoso y débil al mismo tiempo, hartado de atropelladas lecturas, le hizo atropellar, no asimilar, esas problemáticas influencias. — GUILLERMO KÖHNEN-KAMPF. ↓

